

RAZÓN Y ESPERANZA. PENSAR CON ERNST BLOCH

Dr. José María Aguirre Oraa*

Resumen: El artículo pretende mostrar las claves más significativas del pensamiento de Ernst Bloch que puedan animar la reflexión sobre nuestro presente histórico, sin encorsetarnos a seguir al pie de la letra todas sus proposiciones. Su principio *esperanza* no ha perdido actualidad como dinamismo existente tanto en la propia realidad natural e histórica como en las entrañas del pensamiento. Frente al realismo servil o al dogmatismo ciego, se necesita bucear en las aguas vivas de una reflexión abierta a la esperanza y al entusiasmo. Una reflexión ética crítica y emancipadora puede descubrir y fundamentar la categoría esperanza, la dimensión utópica, la apertura de posibles como articulaciones fundamentales de su propio dinamismo.

Palabras Clave: Esperanza – utopía – entusiasmo – liberación - ética emancipadora

Abstract: The article intends to show the most significant keys of the thought of Ernst Bloch that can lead the reflection about our historical present, without restricting us to follow all its proposals exactly. Its *hope principle* has not lost its relevance as existing dynamism, as much in its own natural and historical reality as in the depth of the thought. In front of the servile realism or to the blind dogmatism, it is needed to dive in alive waters of a reflection opened to the hope and the enthusiasm. A critical and emancipation becoming ethic reflection can discover and be the ground of the hope category, the utopian dimension, the opening of possibilities like main joints of its own dynamism.

Key words: Hope - utopia – enthusiasm - liberation – emancipation becoming ethic

* Español. Licenciado en Teología por la Facultad de Teología de Vitoria, España. Doctor en Filosofía por la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Actualmente se desempeña como Profesor Titular de Filosofía Moral en la Universidad de La Rioja, España. Contacto: jose-maria.aguirre@unirioja.es. Artículo recibido el 02 de Mayo de 2007 y aceptado por el comité editorial el 25 de Junio de 2007.

1. Reactivación de la esperanza

Es realmente curioso y altamente significativo que el pensamiento filosófico de Ernst Bloch (1885-1977) se encuentre como retirado del ámbito público filosófico. Parecería que nos encontramos ya ante un pensamiento «jubilado», fuera de servicio, obsoleto. Estos tiempos en los que abunda el pensamiento «débil», el neoliberalismo triunfante y el «realismo» político parece que arrasan con todo tipo de pensamiento que encierre dimensiones críticas y liquidan todos los manantiales utópicos. Como enuncia con acierto una canción del grupo *Tahúres zurdos*: «éstos no son buenos tiempos para la lírica», aunque yo añadiría que tampoco son buenos tiempos para la épica. Ya sabemos por experiencia histórica que los pensadores y filósofos y sus reflexiones pasan por momentos diferentes de exaltación y de olvido que les hacen aparecer y desaparecer de la escena pública y de la discusión pública, dependiendo muchas veces de la coyuntura histórica y de los intereses inmediatos dominantes. Dada esta situación mundial que padecemos, creo que Ernst Bloch necesita ser lanzado de nuevo a la arena pública filosófica en estos tiempos presentes más bien «grises», «parduzcos» y «débiles», precisamente como pensador de la esperanza y de la utopía. Su perspectiva teórica y su impulso reflexivo (con esto no quiero afirmar que suscriba todas las determinaciones y concretizaciones de su pensamiento, porque sería caer en el papanatismo) deberían transmitir destellos de esperanza e impulsos de utopía para repensar nuestra condición humana y nuestra situación político-social con el fin de encaminarlas hacia nuevas metas de emancipación.

Durante los años sesenta y setenta, fundamentalmente, Ernst Bloch tuvo una audiencia importante y significativa, tanto en los ámbitos filosóficos y marxistas como en los ámbitos religiosos y teológicos, circunstancia que contribuyó a extender sus planteamientos en «amplias capas» de la población de numerosas sociedades de todo el mundo. El teólogo Jürgen Moltmann, autor del libro *Teología de la esperanza* (1964), inspirado ampliamente en las perspectivas abiertas por Bloch, manifestaba en 1975: «Las chispas que difunde *El principio*

esperanza no han encendido el fuego en todas partes. Pero no se olvida un acontecimiento como el de ese libro. Sigue ardiendo. Por decirlo sin este simbolismo incendiario: en cualquier parte del mundo se encuentran hoy en día las “minorías abrahámicas”, como las llama el obispo Helder Cámara, aquellos individuos y aquellos grupos que se desprenden de sus seguridades, “el pueblo del éxodo”, “el pueblo de las bienaventuranzas”. Ellos emprenden la larga marcha y buscan la “tierra prometida del futuro”, en la que desde luego no ha estado nadie todavía, pero que todos entrevén, si no en la infancia, sí al menos al despertar la conciencia ... Se trata de ponerse en marcha hacia lo nuevo, de estar dispuesto para lo nuevo, por inesperado, pero presentido. Por eso se trata también de una ruptura y de una disponibilidad para la resistencia y para el sufrimiento de los dolores de parto de la era mesiánica. Yo he encontrado esos “hijos de Abraham” en las prisiones de Corea del Sur, sin trabajo en Tokio, como “extraños en su propia tierra” en Estados Unidos, con las cicatrices de la persecución en África del Sur. Ellos nos enseñan el aliento de la esperanza, de una esperanza prisionera, perseguida, torturada, pero apasionada. “Somos prisioneros, prisioneros de la esperanza”, se dice allí donde cristianos, socialistas y demócratas sufren en común y mediante sus sufrimientos preparan el nuevo mundo de una comunidad digna del hombre»¹.

Quizás habría que señalar en primer lugar que a nivel mundial estas coordenadas no han variado tanto, como algunos «predicadores del pensamiento» nos quieren hacer creer. Y hasta se podría afirmar con realismo que se han agravado, si miramos la realidad, no desde nuestra situación europea, sino con una perspectiva planetaria. Sin embargo, en la «vieja Europa» es cierto que se han secado bastante las fuentes de la esperanza, de la resistencia, de la utopía «concreta». La postmodernidad se ha instalado suave y sutilmente entre nosotros, como una fina lluvia que todo lo empapa casi sin mojar, pero que penetra hasta los huesos. Éste es un fenómeno que, aún teniendo

¹ MOLTMANN, Jürgen – HURBON, Laënnec; *Utopía y esperanza. Diálogo con Ernst Bloch*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1980, Págs. 187 y 188.

caracteres universales, se puede considerar típicamente europeo y norteamericano, desde un punto de vista intelectual y práctico.

No creo que haya que caer en el maniqueísmo fatal de la aceptación acrítica o del rechazo total de las perspectivas postmodernas. Esto significa que no hay que desdeñar ciertas «intuiciones» clarividentes de la postmodernidad que estimulan nuestra capacidad de comprensión y nuestra perspectiva crítica respecto a concepciones filosóficas anteriores. Entre ellas yo destacaría como relevantes las siguientes: la revitalización de la autonomía del individuo y de lo individual, la crítica de los grandes sistemas filosóficos y religiosos excesivamente omnicomprensivos, la crítica de la noción banal de progreso, el «escepticismo» frente a las grandes utopías políticas y sociales a la vista de sus deformaciones, etc. Sin embargo, contando con esto, creo que es necesario aplicar un fuerte correctivo teórico y práctico a tanto deslizamiento en un «individualismo suave y tenue», en un «realismo social y político», en un «desencantamiento vital», en una «restauración eclesial»². No podemos conformarnos sin más con lo «dado», con lo «existente», con lo que se nos «oferta», con esas propuestas insistentes de bienestar sin horizonte claro de emancipación colectiva y solidaria (cuando además nuestra conciencia debe ser cada vez más *conciencia mundial y planetaria*, por exigencias de la propia razón humana y de la misma realidad).

Precisamente para poner en movimiento y activar eficazmente este correctivo intelectual que veo necesario en nuestro momento histórico,

² MUÑOZ, Jacobo; “Inventario provisional (Modernos, postmodernos y anti-modernos)” en *Revista de Occidente*, Nº 66, 1986, Pág. 7 nos dice que la postmodernidad presentaría seis características fundamentales: «crisis de un sujeto concebido como producto de la máquina de representación y que desaparece con ella; disolución de la semiótica en energética, con la consiguiente reabsorción de toda posible idea de significado o verdad; despedida de los grandes relatos legitimadores (de la dialéctica del espíritu a la hermenéutica del sentido, de la emancipación de la clase obrera al desarrollo económico y a la épica del progreso); renuncia a toda posible utopía de unidad, reconciliación o armonía universal; constatación del irreconciliable pluralismo de los juegos lingüísticos (o *formas de vida*); crítica de la *razón total*, omni-identificadora»

puede ayudarnos de manera destacada el peculiar pensamiento de Ernst Bloch. Pero entendámonos claramente sobre el sentido de lo que propongo. No se trata de absolutizar sus planteamientos, ni de comulgar con todas sus ideas, sino de reactivar de manera productiva ciertas ideas-clave de su pensamiento que pueden ayudarnos a caminar hacia delante con sentido. En definitiva, se trata de acercarnos a un pensador, no para seguirle hasta la última coma en sus planteamientos, sino para que nos ayude a pensar desde nuestro presente dentro de la perspectiva de la esperanza. Ni más, ni menos. El pensamiento libre y crítico está más allá de «modas de pensamiento» que aparecen y desaparecen o de pensamientos que regurgitan los medios a todo trapo, silenciando impunemente otras reflexiones de calidad. No se puede aceptar con papanatismo todo lo que dice un pensador, como les sucede a ciertos discípulos idólatras, pero tampoco se deben despreciar olímpicamente sus planteamientos, como si de un perro muerto se tratara. Lo esencial es que un pensamiento nos impulse, no a repetir literalmente hasta la extenuación (física y mental) todo lo que indica y señala, sino a pensar con cabeza propia, a avanzar con creatividad en la estela de su pensamiento.

En esta línea señalada la simbiosis entre razón y esperanza constituye una de las aportaciones más destacadas (si no la más destacada) del pensamiento de Bloch y el núcleo central (nunca mejor dicho, el corazón) de su reflexión. Porque para mí la esperanza constituye una dimensión constitutiva de nuestro pensamiento y de nuestra acción y por consiguiente de la existencia humana. ¿Por qué se acepta con tanta facilidad el postulado de que la razón es fría, aséptica y desapasionada? Que la razón sea equitativa, justa, no quiere decir sin más que sea neutral y fría. Cualquier científico, cualquier activista social o político, cualquier ciudadano inquieto, ¿no busca apasionadamente y con esperanza hallazgos científicos fructíferos, o la instauración más completa posible de la justicia y de la fraternidad, o vivir en una sociedad con una cierta armonía? ¿Será que esas cosas se dicen sólo de palabra, pero en realidad no se cree en el valor que expresan? Evidentemente, la razón debe ser aplicada a todas estas actividades y

proyectos, para no actuar a ciegas o al buen tuntún, pero no es posible silenciar o menospreciar la dimensión de proyecto, de pasión por la verdad, de emancipación que encierra la propia razón, tal como está enraizada en la existencia humana. Otra cosa es que la pasión nos lleve a desfigurar la realidad, a configurarla a nuestro antojo o a dirigir nuestra mente con ensoñaciones delirantes o aberrantes.

Quisiera recordar, para apoyar lo que indico, las aportaciones de un filósofo caracterizado por su rigor intelectual, pero que siempre puso de manifiesto los «intereses» fundamentales (evidentemente no espúreos o subjetivistas) que configuran de manera constitutiva la dinámica de la razón humana: el interés teórico de conocer, el interés práctico político de guiar la acción humana, el interés de búsqueda del sentido. Cada una de sus Críticas corresponde a cada uno de los intereses de la razón humana. Son muy sugerentes a este respecto las reflexiones de Kant (el aparentemente «técnico» y frío Kant) sobre el entusiasmo por la Ilustración (entusiasmo por la consecución de la autonomía de pensamiento y de acción) que penetra a las personas y las moviliza en su acción ética y social, con el ejemplo histórico de la Revolución Francesa. «La revolución de un pueblo plebético de espíritu, que estamos presenciando en nuestros días, puede triunfar o fracasar, puede acumular miserias y atrocidades en tal medida que cualquier hombre sensato nunca se decidiese a repetir un experimento tan costoso, aunque pudiera llevarlo a cabo por segunda vez con fundadas esperanzas de éxito y, sin embargo, esa revolución –a mi modo de ver– encuentra en el ánimo de todos los espectadores (que no están comprometidos en el juego) una *simpatía* rayana en el entusiasmo, cuya manifestación lleva aparejado un riesgo, que no puede tener otra causa sino la de una disposición moral en el género humano»³.

La *simpatía* y el entusiasmo despiertan el horizonte de la esperanza en otro futuro nuevo, la capacidad de superar la situación presente. Puede

³ KANT, Immanuel; *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos de Filosofía de la Historia*, traducción de Concha Roldán Panadero y Roberto Rodríguez Aramayo, Ed. Tecnos, Madrid, 1987, Pág. 88.

haber un futuro de emancipación. La movilización por la emancipación encuentra su base, su fundamento, en la propia existencia humana, en su disposición moral, en su entraña moral, que no puede ser eliminada más que al precio de ignorar su propia constitución humana o de corromper su dinamismo. Y viceversa. La dinámica del impulso moral no se queda encerrada únicamente en las cuatro paredes de la persona, en su ámbito individual, sino que aspira a penetrar el espacio social y político, para instaurar en el complejo entramado de la sociedad los valores de autonomía, de libertad, de respeto a la dignidad humana de todos. Esta es la aspiración moral.

Por ello, lo realmente decisivo consiste en impulsar un pensamiento y una reflexión ligados a la praxis, conectados con las posibilidades de transformación de todo lo humano en una perspectiva de emancipación.

2. Esperanza y utopía

Esta clave reflexivo-transformadora del pensamiento ha sido puesta de manifiesto en la filosofía moderna a partir de Kant y fundamentalmente de Fichte, «irrigando» multitud de perspectivas filosóficas contemporáneas. Sería necesaria una argumentación más detallada de lo que señalo y que no puede ser realizada en los límites de este artículo. Baste señalar, como ya hemos indicado anteriormente, que la razón práctica es ética y políticamente configuradora de un reino de los fines, que no se da empíricamente con frecuencia en la realidad existente, sino que tiene que construirse siguiendo las exigencias inherentes a la razón, las exigencias del deber moral. A esto hay que añadir que la «razón práctica» en Kant es incluso superior en rango a la razón pura científico-constatativa, que debe configurar sus contribuciones con respecto a los fines descubiertos por la razón práctica. En estos puntos se basó Fichte para radicalizar un pensamiento de la acción, sacando consecuencias que ya estaban implícitas en la reflexión de Kant. Marx acentuó, como ya sabemos, esta perspectiva transformadora del pensamiento.

Bloch defiende con claridad meridiana la propuesta reflexivo-transformadora de Marx, señalándole como el primer pensador que asume el *pathos* del cambio transformador: «Sólo un pensamiento dirigido a la transformación del mundo, informado por la voluntad de transformación, puede enfrentarse con el futuro, en tanto que espacio originario e inconcluso ante nosotros, no con apocamiento, y no con el pasado como hechizo. Lo decisivo es, por tanto, lo siguiente: sólo el saber en tanto que teoría-praxis consciente puede hacerse con lo que está en proceso de devenir y es, por ello decidible, mientras que una actitud considerativa sólo puede referirse *per definitionem* a lo que ya ha llegado a ser [...] Marx es quien, por primera vez sitúa en lugar de esta teoría el *pathos* del cambio, como el punto de arranque de una teoría que no se resigna a la contemplación y a la interpretación»⁴. De nuevo la pasión por el cambio, la dimensión práctico-configuradora, frente a la fría dimensión contemplativa de la realidad, que hace las paces muchas veces con la realidad existente.

Sin embargo, el mismo Bloch en el tomo segundo de su libro *El principio esperanza* matiza esta afirmación sobre la aportación de Marx, señalando el carácter utópico-revolucionario (en definitiva anti-burgués) del imperativo categórico de Kant. Aparentemente, el imperativo kantiano, con su carácter formal y ahistórico, parece rendir culto a un concepto del deber prusiano, burgués, individualista. Sin embargo, la exigencia kantiana, fundamento de todas las otras exigencias, de que el hombre no puede nunca ser tenido como medio de nada, ni debe ser considerado como objeto o mercancía, sino *siempre como fin*, no es una exigencia burguesa. Más aún, habría que subrayar que ésta es una exigencia que no puede ser cumplida en una sociedad clasista, caracterizada por la explotación de la mayoría de los hombres por una minoría. La exigencia kantiana se alza como un tribunal contra la explotación y su alcance no puede quedar limitado al reino «idealista» de la burguesía. El imperativo de Kant encierra un *pathos* utópico ineludible, una concepción sobre el hombre claramente anticipadora

⁴ BLOCH, Ernst; *El principio esperanza*, Ed. Aguilar, Madrid, 1977, TOMO I, Pág. XVII.

de resonancias universales. «Con su claro sentido optativo tras de sí, esta proposición categórica se nos presenta casi como una *fórmula anticipadora de una sociedad no-antagónica, es decir, de una sociedad sin clases en la que únicamente es posible una generalidad real de la legislación moral*. Sólo aquí se da –con la máxima individual como principio general– aquella transformación de las «*forces propres* en fuerzas sociales» profetizada por Marx; de acuerdo con una *solidaridad total hecha posible*. De esta suerte, bajo estrellas que él mismo calculó, pero que no pudo ver, el imperativo categórico se convierte en parte de una fórmula de solidaridad sin clases; su aparente ámbito grisáceo está, en verdad, lleno de un lejano entusiasmo»⁵. Se rescata la vena utópica-transformadora del pensamiento kantiano, de su imperativo ético.

La esperanza actúa en este sentido no sólo como afecto contrapuesto al miedo, sino esencialmente como acto orientado de *naturaleza cognitiva*. Con ello la categoría de lo utópico no tiene sólo un sentido peyorativo por sus abstracciones y fantasías, sino que recoge un sentido dirigido de manera central a la realidad: el sentido de un adelantamiento del curso natural de los acontecimientos. La conciencia utópica quiere ver más allá para penetrar la cercana obscuridad de los momentos acabados de vivir. Por eso el tema fundamental de una filosofía transformadora y en constante devenir es la «patria que todavía no ha llegado a ser, la patria todavía no alcanzada», la patria descubierta por una reflexión dialéctica. Esta patria es la esperanza.

Porque para Bloch la esperanza no es algo secundario en la vida humana, un aditivo que se le aplica desde el exterior a su naturaleza humana ya constituida, una característica secundaria que aparece en un análisis completo de la existencia humana, sino su elemento constitutivo primero y fundamental. «Lo que importa es aprender a esperar», nos dice ya de entrada expresamente en su libro *El principio esperanza*. «La esperanza, situada sobre el miedo, no es pasiva como éste, ni, menos aún, está encerrada en su anonadamiento. El afecto

⁵ Ibídem., TOMO II, Pág. 459.

de la esperanza sale de sí, da amplitud a los hombres en lugar de angostarlos, nunca puede saber bastante de lo que le da intención hacia el interior y de lo que puede aliarse con ellos hacia el exterior. El trabajo de este afecto exige hombres que se entreguen activamente al proceso del devenir al que ellos mismos pertenecen»⁶. Heráclito ya lo había señalado: «quien no espera lo inesperado, no lo encontrará». Por eso, Bloch articula su pensamiento en torno a la esperanza, ya que el hombre «de forma originaria vive únicamente en tensión hacia el futuro, el pasado sólo viene después y el presente en sentido estricto aún no ha llegado»⁷. El hombre vive en tensión hacia el futuro. «Esperanza, este anti-afecto de la espera frente al miedo y el temor, es, por eso, el más humano de todos los movimientos del ánimo y sólo accesible a los hombres, y está, a la vez, referido al más amplio y al más lúcido de los horizontes. La esperanza se corresponde a aquel apetito en el ánimo que el sujeto no sólo posee, sino en el que él consiste esencialmente, como ser insatisfecho»⁸

Pero esto no sólo ocurre en la existencia humana. También el cosmos, el mundo, se encuentra en esta misma situación. En ambos se halla presente y en actividad un impulso originario que les empuja hacia adelante, hacia la novedad del futuro (la categoría de *novum* es fundamental), hacia la realización de lo posible. El cosmos tiene hambre de novedad y el hombre posee la «esperanza» de la realización de la libertad y de la emancipación. «Espera, esperanza, intención hacia una posibilidad que todavía no ha llegado a ser: no se trata sólo de un rasgo fundamental de la conciencia humana, sino, ajustado y aprehendido correctamente, de una determinación fundamental dentro de la realidad objetiva en su totalidad»⁹.

El principio esperanza aparece por lo tanto en Bloch como un auténtico principio ontológico, como un principio constitutivo de la realidad. En la raíz última de la realidad se halla lo posible, lo que «todavía no

⁶ Ibídem., TOMO I, Pág. XI.

⁷ Ibídem., TOMO I, pág. XII.

⁸ Ibídem., TOMO I, Pág. 61.

⁹ Ibídem., TOMO I, Pág. XV.

es», lo inacabado que es susceptible de acabamiento. La realidad se halla en eclosión hacia lo «todavía no realizado». Pero es que esta incomplección, esta apertura, no hay que verla como una condición negativa, sino como una realidad positiva: el impulso de esperar «amplía el horizonte del hombre, en lugar de restringirlo», es camino de realización y de emancipación humanas. Sólo es necesario que el hombre comprenda su situación y su condición y se lance activamente a impulsar los esfuerzos de emancipación. «El hombre es la posibilidad real de todo aquello en lo cual se ha convertido a lo largo de la historia y, sobre todo, de aquello en lo que puede convertirse en el futuro, a lo largo de un proceso ilimitado. Por eso, el hombre es una posibilidad que no se agota como la bellota en la realización fija y definida de la encina, sino una posibilidad que aún no ha madurado la totalidad de sus condiciones interiores y exteriores y las determinantes de dichas condiciones. [...] Y así llega el hombre que trabaja, esa raíz del hacerse de la humanidad, transformado por toda su historia ulterior y desarrollada en ella cada vez más precisamente. Se puede incluso decir que también el paso erguido del hombre –esta nuestra alfa, en la que se encuentra la disposición para el reino de la libertad– camina, siempre transformado y más precisamente cualificado, por la historia de las revoluciones cada vez más concretas. Hasta llegar al hombre sin clases, que, en su totalidad, representa la última posibilidad implícita en la historia anterior. Lo posible real no se mantiene, por eso, tan sólo como disposición para la realidad e impulsando aquella, sino que, como el último *totum* en desarrollo constante de esta disposición, se comporta de modo esencial respecto a la realidad que ya ha llegado a ser. De esta suerte, lo hasta ahora real se halla tan penetrado por el constante “plus ultra” de la posibilidad esencial como, en su margen fronterizo, iluminado en su torno por ella»¹⁰.

Lo real se presenta, en consecuencia, como lo que todavía no es, es decir, se comprende en el *horizonte de sus posibilidades* y, por consiguiente, en su aspecto de inacabado: «ontología de lo todavía-aún-no», cuya categoría fundamental es la de «*lo posible*». «Si el ser se

¹⁰ Ibídem., TOMO I, Pág. 229-232.

entiende desde su “de donde”, también hay que entenderlo como algo igualmente tendiente, como algo hacia un “a donde” todavía inconcluso. *El ser que condiciona la conciencia, como la conciencia que elabora el ser, se entienden, en último término, sólo en aquello desde lo que proceden y hacia lo que tienden.* La esencia no es la preteridad; por el contrario, la esencia del mundo está en el frente»¹¹.

3. Marxismo y utopía

Precisamente desde estas coordenadas se explica la concepción marxista renovadora de Bloch. Si la esperanza es el elemento fundamental de la vida humana, si el hombre está llamado a superarse continuamente, a crear el futuro, si el hombre es la criatura que por esencia tiende hacia lo posible que se halla ante él, se comprende su reivindicación del marxismo como *utopía concreta*. Si el hombre es un animal u-tópico (no acomodado, sin lugar definido, no hecho), la filosofía de Marx aparece como un pensamiento que no se limita a contemplar el mundo, sino que *tiende a transformarlo*, como lo testimonia su tesis XI sobre Feuerbach como crítica a las concepciones filosóficas tradicionales que han usado y abusado de su pretensión contemplativa y especulativa¹². «La esperanza, [...] precisamente la *esperanza del saber de la vida* se hizo acontecimiento en Marx, para que lo fuera realmente. El acontecimiento no ha terminado, porque representa él mismo un único adelante en el mundo modificable, en el mundo con la felicidad implícita. Es lo que anuncia la totalidad de las *Once tesis*: el hombre socializado, aliado con una naturaleza en mediación con él, es la reconstrucción del mundo en patria»¹³.

Frente a los que magnifican el rechazo por parte de Marx del socialismo utópico y de las utopías sociales de su tiempo e insisten en el carácter científico del socialismo marxista, Bloch señala que Marx critica

¹¹ *Ibidem.*, TOMO I, Pág. XXVIII.

¹² *Ibidem.*, TOMO I, Págs. 243-283. En estas páginas Bloch realiza un estudio detallado de la significación epistemológica y práctico-social de las *Tesis sobre Feuerbach* escritas por Karl Marx.

¹³ *Ibidem.*, TOMO I, Págs. 282 y 283.

efectivamente las utopías generales y abstractas (idealistas en suma) de Owen, Fourier, Saint-Simon, Proudhon, Bakunin. Sin embargo, Marx articuló una *utopía concreta* que asume los contenidos positivos de estas utopías. Sin la utopía, el proyecto de Marx se vendría abajo, ya que toda lucha revolucionaria tiene que saber proyectar e imaginar una utopía concreta del futuro que deduzca de allí los medios adecuados para alcanzar ese futuro de emancipación. La teoría de Marx es una fuerza concreta de anticipación del futuro. «A partir de Marx no es posible ya en absoluto ninguna indagación de la verdad ni ningún realismo de la decisión que pueda eludir los contenidos subjetivos y objetivos de la esperanza del mundo, a no ser que se caiga en la trivialidad o en el callejón sin salida. *La filosofía tendrá que tener conciencia moral del mañana, parcialidad por el futuro, saber de la esperanza o no tendrá ya saber alguno.* Y la nueva filosofía, tal como nos fue abierta por Marx, es tanto como filosofía de lo nuevo, filosofía de esta esencia que nos espera a todos, aniquiladora o plenificadora»¹⁴. Porque sólo el horizonte del futuro, tal como lo traza el marxismo, con el horizonte del pasado como su espacio antecedente, da a la realidad su dimensión real.

Sin embargo, la teoría de Marx es simultáneamente un análisis profundo y «realista», no idealista, de la alienación humana que busca superar esta misma alienación. Ahora bien, si la alienación de la que habla Marx se origina sobre todo debido a causas económicas, Bloch la va a vincular con causas más profundas y universales, con razones ontológicas (para algunos sería una recaída de Bloch en revisionismos idealistas). El hombre está alienado porque está inacabado, como el universo del que forma parte.

De ahí también la fuerza que representa la utopía en las convulsiones sociales. Todo proyecto revolucionario debe tener en cuenta este factor. Bloch en su análisis de la guerra de los campesinos en Alemania durante el siglo XVI saca una conclusión que tiene vigencia también para el presente: los factores económicos por sí solos no son capaces

¹⁴ Ibídem., TOMO I, Pág. XV-XVI.

de explicar de manera suficiente una sublevación popular. En línea con el pensamiento de Antonio Gramsci, y antes que él, Ernst Bloch nos advierte sobre la importancia de los factores llamados supraestructurales, de los factores culturales y religiosos. Una perspectiva puramente economicista (a la que se ha reducido con bastante frecuencia la concepción «marxista» de la historia) está abocada a la inutilidad comprensiva teórica y a la ineficacia práctica de la acción política. En su libro *Thomas Münzer, teólogo de la revolución*, escrito en 1921, Bloch afirma: «Conviene considerar las sublevaciones campesinas en sus raíces más profundas [...] Porque si es cierto que los apetitos económicos son los más substanciales y los más constantes, no son, sin embargo, los únicos, ni a la larga los más poderosos; tampoco constituyen las motivaciones más específicas del alma humana, sobre todo en los períodos en que domina la emoción religiosa»¹⁵.

Por esta razón, es absolutamente necesario ampliar las perspectivas de Marx y completarlas, ya que él dedicó la mayor parte de su producción intelectual al análisis crítico del presente y de sus contradicciones, reservando un espacio mínimo a las indicaciones referentes al futuro. Por eso es necesario desarrollar el marxismo como *utopía concreta*, como proyecto histórico de emancipación, como desarrollo del «reino de la libertad». Y esto debe hacerse precisamente por fidelidad a Marx y al marxismo, que no pueden quedar inmovilizados, fijados dogmáticamente de una vez por todas. Se trata de impulsar al hombre a trascender las situaciones presentes, a despertar contenidos de esperanza, a encontrar una «patria de identidad», un reino finalmente libre y fraternal. Yo creo que es precisamente dentro de esta perspectiva donde se nutre y se origina la crítica que Bloch realiza a todo socialismo autoritario, «estalinista» o dogmático. Si el socialismo es apertura a lo utópico, rechazo de toda dogmatización, incitación a la libertad, su propuesta tiene que unir de manera necesaria (y así lo hace en sus propuestas) socialismo y libertad, socialismo y democracia

¹⁵ BLOCH, Ernst; *Thomas Münzer, teólogo de la revolución*, Ediciones Ciencia Nueva, Madrid, 1968, Pág. 66.

radical. Esto es realmente importante y decisivo para las luchas del presente que quieran abrir brechas de esperanza en el terreno político, social y económico de nuestras sociedades. Si el futuro es apertura y libertad, no hay manera de programarlo de antemano, de conocer sus claves de instauración de manera previa, de realizarlo conforme a un esquema preestablecido. No hay construcción auténtica del socialismo, sin abrir las puertas de las capacidades libres y de las posibilidades autónomas de los hombres.

4. Esperanza y religión

Ernst Bloch conecta expresamente su análisis de la religión con la dimensión esperanza. Para Bloch queda perfectamente claro que «donde hay religión, hay igualmente esperanza» y viceversa. Aunque para él la religión es en muchas ocasiones búsqueda de consuelo ilusorio y supersticioso, también es protesta utópica contra la alienación y la miseria humanas, contra una existencia fragmentada e incompleta, y esperanza de un «nuevo cielo y una nueva tierra». Lo que constituye el fondo del cristianismo es fundamentalmente su concepción escatológica: la espera y la esperanza de un final de la historia como llegada del reino de Dios o reino de paz y de justicia universales. Y para eso recorre el Antiguo Testamento (él era judío y lo conocía bien) y el Nuevo Testamento, y muestra numerosos ejemplos de esta dimensión constitutiva del cristianismo. La dimensión escatológica, la esperanza en el futuro es lo que él denomina el «hilo rojo» que atraviesa la Biblia en su totalidad, con su culminación en la predicación de Jesucristo.

Por esta razón, su crítica de la religión no conduce sin más a un ateísmo puro y simple, sino a un ateísmo positivo capaz de recoger la herencia de la religión, capaz de apoderarse de ese espacio utópico de proyección de los deseos del hombre, cuyo rostro real no se ha descubierto todavía. «La utopía del reino destruye la ficción de un Dios creador y la hipóstasis de un Dios celestial, pero no precisamente el espacio final... La fe es esencialmente fe en un reino mesiánico de Dios-sin-Dios. Por consiguiente, el ateísmo es tan poco enemigo de

la utopía religiosa que emerge precisamente del presupuesto de que sin el ateísmo desaparecería el mesianismo»¹⁶.

El materialismo histórico y dialéctico de Bloch recoge la herencia de las religiones y en especial del judeo-cristianismo, el contenido de la esperanza, suprimiendo al mismo tiempo la hipóstasis Dios. La figura de Jesucristo representa la abolición definitiva de la transcendencia absoluta de Dios y el proceso de divinización del hombre. Cual nuevo Prometeo, Jesús arrebató el fuego celestial y se introduce en el trono de Dios, haciendo efectiva de este modo la esperanza de los hombres en el reino de Dios: el reino de Dios está ya dentro del hombre y por tanto es totalmente inmanente al mundo. La historia puede ser leída como el proceso incesante y esperanzado de autoemancipación del hombre, de transcendencia constante sin transcendencia «celestial».

A pesar de sus posiciones ateas, Ernst Bloch ha inaugurado, junto con otros marxistas revisionistas o heterodoxos, un espacio importante de colaboración y de fecundación recíprocas entre marxistas y cristianos. Cada «familia ideológica» mantiene sus diferentes concepciones, pero se abre una amplia franja de convergencia intelectual y práctica. Para Bloch incluso, el futuro de la utopía, de la esperanza, de la emancipación depende de la convergencia de ambos planteamientos: «Marx dijo: ser radical significa tomar las cosas por la raíz. Ahora bien, la raíz de todas las cosas (sociales) es el hombre. Por su parte la primera carta de Juan, considerando la raíz hombre no como causa de algo, sino como destinación para algo, dijo: “Y todavía no se mostró qué seremos; sabemos que, cuando se muestre, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es” ... Si estos dos textos se hubieran leído uno al otro, o si alguna vez se dieran cita, caería sobre el problema real de la alienación en su totalidad y de su posible solución una luz tan detectivesca como utópica»¹⁷. El análisis de la alienación humana

¹⁶ BLOCH, Ernst; *Religion im Erbe*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1959, Pág. 146-147.

¹⁷ BLOCH, Ernst; *Atheismus im Christentum* (1968), citado en MOLTSMANN, Jürgen – HURBON, L.; *Utopía y esperanza. Diálogo con Ernst Bloch*, Op. Cit., Pág. 186.

y la utopía de la emancipación pueden verse potenciados por esta «convergencia» entre marxismo y cristianismo. Las dos concepciones tienen más puntos en común de lo que a primera vista parece. Su complementariedad puede abrir espacios prácticos a la lucha contra la alineación y a la esperanza de instauración de la justicia.

No se trata, por tanto, de una descalificación global de la religión y de su represión social. Esto significaría una malinterpretación del pensamiento de Marx. Se trata de crítica noble recíproca. Un texto de Moltmann señala de manera clara y significativa el meollo de la cuestión: «Bloch lo ha formulado así: “Sólo un ateo puede ser un buen cristiano”, puesto que el socialismo ateo libera de los ídolos y dioses del mundo. Yo le he respondido a su tiempo: “Sólo un cristiano puede ser un buen ateo” porque la fe en la cruz libera también de las religiones sustitutivas y del culto a las personas. Bloch aceptó entonces la oferta y con ambas frases críticas como subtítulo condensó lo que quiso hacer con el libro *Ateísmo en el cristianismo*. La personalidad y la obra de Bloch ha creado de hecho más comunidad entre cristianos y socialistas –más aún, entre socialistas y socialistas– que cualquier partido o ideología actual. Esto no ha de perderse después de su muerte»¹⁸. Quizás la influencia real de Bloch es magnificada por Moltmann, pero de hecho ha existido y sigue existiendo, aunque estemos actualmente en horas bajas para la esperanza y la utopía.

5. Concluyendo

La reflexión ética tiene ante sí un test significativo, un reto práctico que le lanza constante y machaconamente el pensamiento de Bloch: ¿la ética emancipa en amplitud la existencia humana o la adormece con desviaciones evasionistas?, ¿el pensamiento es hogar de libertad y de esperanza, donde se puede acrisolar la utopía de la fraternidad y justicia radicales o espacio de consolidación conservadora de lo existente? La reflexión ética no era del agrado de Marx, que la con-

¹⁸ MOLTSMANN, Jürgen – HURBON, L., *Utopía y esperanza. Diálogo con Ernst Bloch*, Op. Cit., Pág. 191.

sideraba una superestructura más de la dominación capitalista. Pero la reflexión ética no es en su entraña íntima una actividad intelectual ligada al mantenimiento de la realidad existente. Es más bien una actividad orientada a la búsqueda de espacios de libertad, de criterios de humanización de nuestra realidad. ¿Cómo se podría explicar la misma denuncia crítica del capitalismo efectuada por Marx, la denuncia de la inmoralidad del sistema vigente, si no fuera posible una autonomía del pensamiento que pudiera realizar esta crítica? Si el pensamiento sólo fuera reflejo de la realidad existente y alibí para su mantenimiento, ¿de dónde puede sacar Marx sus consideraciones críticas? La reflexión ética explora y despierta las posibilidades de *lo posible*, de la esperanza en la configuración de un mundo donde debe (y puede) reinar la justicia y la fraternidad. «En la historia humana no existe ni determinación rígida ni tampoco finalidades absolutamente determinantes. Sin embargo, hay decisiones que crean o destruyen *posibles*. Y a través de estas decisiones emerge progresivamente, como en la naturaleza, una finalidad que la acción puede reconocer como indicándole los objetivos que ella tiene la misión de proseguir. Por consiguiente, pertenece a la acción convertir la finalidad así reconocida, que es solamente un principio de orientación, en los fines concretos de su libre querer. El proceso creativo que está actuando en la historia es llamado así a ser asumido en una ética. [...] Como en el caso de la naturaleza, en el desarrollo concreto de la historia se anuncia lo que sería su verdad última o la integridad de su sentido. En el presente en el que estamos, este sentido queda en cierta medida en suspenso. Depende en parte de las libertades humanas y no se impone como un porvenir ineluctable. Las indicaciones que nos da la historia efectiva hacen aparecer, sin embargo, direccionalidades y por ello mismo posibilidades en las que la libertad podrá reconocer disposiciones de la historia-naturaleza susceptibles de contribuir a una reconciliación futura entre la efectividad del devenir histórico y la tarea ética de instaurar una comunidad auténtica»¹⁹.

¹⁹ LADRIÈRE, Jean; *Le temps du possible*, Editions Peeters, Louvain-Paris 2004, Pág. 319.

Pero la respuesta no está sólo en nuestras concepciones filosóficas, está también en la práctica de nuestra acción, individual y colectiva. Creo que Ernst Bloch nos enseña algo decisivo: frente a un «realismo» contemporizador y acomodaticio hay que movilizar todos los dinamisismos de la esperanza, de la emancipación personal y colectiva, los «sueños» de libertad y de justicia, la consecución de los «posibles». ¿Qué sería de nuestras sociedades sin la fuerza transformadora de las utopías concretas de emancipación, sin el concurso de los «soñadores sociales», sin la aportación de los que no se resignan frente a las injusticias y opresiones existentes, sin el dinamismo de los que esperan «unos cielos y una tierra nuevos»? La banalidad, el «desorden establecido», que describió y atacó tan magníficamente el pensador francés Emmanuel Mounier, sólo puede transformarse con el dinamismo de la esperanza.

Aunque nuestra esperanza se haya hecho más cauta, más modesta, menos grandilocuente, menos «sabelotodo» (¡también hay que aprender de ciertas reflexiones críticas de la postmodernidad!), sin su concurso no habría ni reflexión emancipadora ni movilización social. Sin entusiasmo no hay transformación posible, no existe el poder constituyente de una acción transformadora. Sin esperanza quedamos desesperanzados, desmovilizados, desarticulados. Por eso más bien pienso que la modernidad, como proyecto de emancipación, es todavía un *proyecto inacabado* por una parte pero también *un proyecto por rehacer*. La razón es que la modernidad es un proyecto más amplio y más rico que la «modernización» social y económica que en nuestras latitudes ha bailado al ritmo que le marca el desarrollo capitalista y que ha condicionado sobremanera hasta nuestras concepciones sobre lo que es moderno o no. Frente a la miseria presente se precisa articular un proyecto que configure de manera racional nuestras realidades sociales, económicas y políticas. «Quizás vivimos tiempos de fragilidad y de oscurecimiento, pero también de oportunidades y de desafíos, en los que es preciso seguir aguijoneando como nunca la fuerza de la razón y el dinamismo de la conciencia ético política. Es verdad que hoy en día los caminos no aparecen con total claridad (¿alguna vez ha

sucedido esto?) y que los horizontes no se muestran límpidos. Es más necesario que nunca aguzar todos los sentidos humanos y reactivar la fuerza de la represión. Quizás ha llegado el momento de oportunidades históricas de emancipación nuevas e inexploradas. Pero, nos queda también la fuerza de la esperanza y del sentido utópico. Y además, si todo estuviera dicho, ¿de qué nos serviría pensar?»²⁰.

Con Bloch podríamos preguntarnos con radicalidad: ¿qué sería de la emancipación humana sin esperanza?, ¿qué sería del socialismo sin libertad? Yo creo que sería una utopía abstracta y sangrienta, una utopía impuesta al pueblo y no asumida y trabajada por él. Cualquier hombre, cualquier movimiento social y político debería tener esto muy presente. No apagar la esperanza, no apagar la libertad. Ni con realismos banales, ni con dogmatismos opresivos. De este tipo de realidades hemos cosechado abundantes frutos en el siglo XX. ¿Será posible cambiar esta dinámica en este nuevo siglo que amanece? Este es el reto fundamental para una reflexión ética y para la acción humana que le acompaña. Un reto de responsabilidad para cada uno de nosotros. Un reto de *simpatía* y *entusiasmo* por la liberación. Un reto de esperanza.

6. Bibliografía

AGUIRRE ORAA, José María; *Raison critique ou raison herméneutique? Une analyse de la controverse entre Habermas et Gadamer*, Du Cerf-Eset, Paris-Vitoria, 1998.

BLOCH, Ernst; *Religion im Erbe*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1959.

_____ ; *Atheismus im Christentum*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1968.

_____ ; *Thomas Münzer, teólogo de la revolución*, Ediciones Ciencia Nueva, Madrid, 1968.

_____ ; *El principio esperanza*, Ed. Aguilar, Madrid, 1977, Tomos I y II.

²⁰ AGUIRRE ORAA, José María; *Raison critique ou raison herméneutique? Une analyse de la controverse entre habermas et Gadamer*, Du Cerf-Eset , Paris-Vitoria, 1998, Pág. 381.

KANT, Immanuel; *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos de Filosofía de la Historia*, traducción de Concha Roldán Panadero y Roberto Rodríguez Aramayo, Ed. Tecnos, Madrid, 1987.

LADRIÈRE, Jean; *Le temps du possible*, Louvain-Paris, Editions Peeters, 2004.

MOLTMANN, Jürgen; HURBON, Laënnec. *Utopía y esperanza. Diálogo con Ernst Bloch*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1980.

MUÑOZ, Jacobo; «Inventario provisional (Modernos, postmodernos y anti-modernos)» en *Revista de Occidente*, N° 66, 1986.